

II

Y no sé si será indiscreción sacar a luz pública ideas vertidas en conversaciones privadas, al calor tibio de la intimidad. Creo que no, y de todos modos, esperando, si lo es, perdón de usted, las publico.

Yo le hablaba a usted de nuestros montes, y usted a mí de estos horizontes vastos que se pierden a la vista, de estos tonos de fuego que arranca el sol al ponerse en los campos quijotescos. También hemos comparado esto a la campiña romana.

Recuerda usted a aquel pintor que atraído por la fama de los encantos de nuestro país, fué a él con todos los chismes de pintar y sufrió un cruel desengaño al ver dibujarse por todas partes la misma silueta de montañas, de un verde agrio, monótono e ingrato. "Si Amboto, o el Pico de Aralar, o las Peñas de San Fausto se levantaban erguidos como se levanta un buitre con su desnudo cuello sobre las eminencias del terreno, faltaban términos para componer el cuadro, y sobre todo, luz, esa luz que le presta vida, relieve, animación, encanto."

Es esto, comparado con aquello, me decía usted, como la música de Wagner es a la italiana; ésta se pega pronto, pero también empacha pronto y se despega pronto. Nuestro país, añadía usted, es más *bonito*, pero es menos grave, menos hermoso; aquellos nuestros paisajes parecen nacimientos de cartón, con casitas blancas, con arbolitos redondos y verdes, con arroyos de cristal.

En Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente un más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables y secos una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena.

Comprendo esta afición. El sueño y la muerte tienen su poesía, a la que prefiero la poesía de la vigilia y la vida.